

TOMADO DEL DIARIO EL ESPECTADOR,

## LIBRETA DE APUNTES

POR GUILLERMO CANO

### LO QUE LAS TRAGEDIAS SE LLEVARON...

Después de dos semanas de pesadillas dantescas y vigili-  
as angustiadas, ¿no se siente usted, amigo colombiano, como aplanchado,  
que decimos los cachacos, o apisingados que dicen los corronchos, pa-  
ra describir unos y otros el estado de ánimo de los hombres cuando  
han sufrido la devastación espiritual o el traumatismo intelectual  
provocados por tragedias de magnitudes inconmensurables? Hoy estamos  
atolondrados, como sonámbulos.

En los instantes en que ardía el Palacio de Justicia, cuan-  
do la justicia entraba en holocausto y se inmolaba a los magistrados  
de la Corte Suprema de Justicia; cuando supimos que el volcán dormido  
había despertado con violencias infernales para deshielar los glacia-  
res y provocar las avalanchas de lodo, de piedras, de árboles descua-  
jados, de materias volcánicas, y sepultar a su paso a millares de com-  
patriotas, como que estuvimos lúcidos ante la magnitud de ambas trage-  
dias, dándonos cuenta instintiva de sus dimensiones insondables. Pero  
ahora hay una especie de letargo que nos agobia, un desconcierto que  
nos hace perder la brújula, una pesadez en las mentes que oscurece en  
parte la claridad que deberíamos tener para enfrentarnos con la reali-  
dad de los desastres. Acaso porque nos ha sido casi imposible conci -

liar el sueño del descanso reparador; acaso porque cuando hemos logrado dormir los sueños son orgías de horror; acaso porque cuando despertamos de esos brevísimos paréntesis de semiconsciencia nos encontrábamos con que lo que ayer habíamos dejado en un punto de extrema gravedad era ahora de verdadero estado de coma. Hemos estado viviendo como si estuviéramos muriendo estos últimos días de nuestra existencia.

Pero tenemos que despertar. Es nuestra obligación para con nosotros pero sobre todo para con las generaciones por venir. Lo que ha sucedido ha sido extremadamente grave. Los hombres insensatos nos dieron un mazazo en la cabeza, primero. La naturaleza nos clavó una puñalada en el corazón, después. No habíamos acabado de enterrar nuestros muertos, producto de la violencia humana, cuando la naturaleza se encargaba, por ella misma, de sepultar millares de nuestros muertos en Armero y en Chinchiná. Esta parte dolorosa de la tragedia, el culto individualizado o colectivo rendido a los muertos, se ha cumplido. En parte también hemos logrado rescatar con vida unos heridos de gravedad, otros con lesiones leves, a otros miles de compatriotas. Se ha evacuado a la inmensa mayoría de los sobrevivientes de las zonas donde encontraron la feliz oportunidad de sobrevivir. Los damnificados, gentes que se quedaron sin techo y sin pan, reciben auxilios de un mundo que se manifestó de manera fulminante para rodear a Colombia de amor espiritual y material. Los colombianos, de todas las regiones no afectadas por los acontecimientos físicos, se han unido alrededor de sus compatriotas afligidos y golpeados. Esta

parte terrible de las tragedias, de cierta manera, ya quedó atrás.

Pero ahora comienza, si es posible, lo más difícil de cuanto estamos sufriendo y padeciendo tanto. Reconstruir lo que perdimos. Y es entonces cuando necesitaremos de mayor lucidez, de máxima claridad. Tenemos que sobreponernos al aplanchamiento que nos agobia, al apisingamiento que nos mantiene, como a los pajari-  
tos pisingos de la Costa, adormecidos en las playas de los ríos o de los mares en las tórridas horas de los medio días tropicales. Lo que se llevaron las tragedias no sólo son casas y electrodomésticos y joyas y dineros y plantaciones y ganados. Hay bienes intangibles de valores increíblemente superiores que sólo con el transcurrir del tiempo nos daremos cuenta de cuánto realmente era su valía, su importancia, su significación en la vida nacional.

Son los hombres y mujeres, ancianos y adolescentes, en los que Colombia había depositado parte de su capital de trabajo y de su capacidad de producción intelectual y material. Vivienda y arrozales y algodónales y reses y cerdos y carreteras y acueductos y plantas energéticas reconstruiremos con dinero propio y ayuda externa en un lapso más o menos breve. Pero sustituir las conciencias jurídicas, enseñar a nuevas generaciones los conocimientos y las experiencias de los profesionales liberales, de los agricultores y ganaderos, de los artesanos y mecánicos, de los recolectores y sembradores, de los campesinos y vaqueros, de los maestros y enfermeras de los banqueros y bancarios, de las amas de casa y de los tenderos honrados, de los veterinarios y de los boticarios, de los agentes del orden y de los servidores públicos, sustituirlos, decíamos, tardará largo, larguísimo tiempo en la historia de nuestro país.

## RELATO DEL NIÑO DIEGO GUZMÁN SOBRE SUS EXPERIENCIAS

TOMADO Y COMPLEMENTADO POR EL DOCTOR RAÚL CRUZ PALACIO

El niño Diego Guzmán de 11 años de edad, era oriundo de Armero y cursaba el segundo año de primaria. Se encontraba en compañía de su madre, dos tíos, una tía, la abuela y una hermana de 8 años.

"Esa tarde me la pasé jugando con un camión tractomula en el patio de la casa; of que el sacerdote decía por el parlante: 'tranquilos que no va a pasar nada'. Por la noche estábamos viendo el programa de la televisión y todavía no habíamos comido; un tío llegó diciendo que se tenía que ir para Guayabal, tomó mi bicicleta prestada y se fué a traer a mi abuela; apenas llegaron comenzó la gritería por toda la casa, que nos teníamos que ir, que se vino la avalancha; timbraron en las casas vecinas y ya se había ido la luz; se escuchaba un ruido más grande que el de un Mirage".

"Íbamos todos corriendo, mi hermanita y yo cogidos de la mano, de pronto ella se soltó y se metió en un cajoncito donde se salvó. Yo voltié a mirar para atrás y en ese momento llegó la avalancha que tumbaba casas, paredes, árboles, a los postes los partía por la mitad, hacía mucho ruido. El barro cogió a los tíos y a la abuela y se los llevó arrastrando, iban muy rápido: un tío se cayó y lo tapó el lodo, escarbó y pudo salir pero se cortó la cara.

"Mi mamá corrió y me alcanzó, estábamos cerca del hospital mental y nos pudimos meter a un patio en donde estaban los carros y ambulancias; entonces llegó la avalancha, tumbó una pared y tapó a mi mamá; yo quise correr pero otra pared cayó sobre mi pierna izquierda y no me pude mover más. Mientras tanto, pasaba el barro lentamente, cargado de piedras y al pasar dejó a un niño de meses a mi lado con la cabeza entre el barro y la colita hacia mí; yo le consentía la colita que parecía una almohada. Cuando lo sacaron después, le escurría sangre por la boca."

"Después llegó una segunda avalancha más lenta y luego una tercera, más suave. Comenzó a llover. Todo estaba oscuro y no se veía nada y se oían muchos gritos pidiendo auxilio, que los sacaran; en el hospital había unos médicos que a pesar de estar heridos trataban de salvar a la gente. Al amanecer ya no gritaban tanto. Como a las 7 de la mañana pasó mi hermanita caminando hasta subirse al techo del hospital con muchas personas más. Los vecinos intentaron sacarme pero era imposible.

A las 9 de la mañana llegó un helicóptero y se llevó a casi todos los del techo. Un estudiante o un doctor flaquito fué a la cocina del hospital y me trajo pan y salchichas pero agua no. Luego vinieron unos médicos a ayudar a sus colegas, movieron una pared y debajo encontraron a una niña muerta; la sacaron y la pusieron a mi lado. Por la tarde se fueron los doctores que estaban ayudando, vino un helicóptero y me botaron desde arriba un buñuelo y una salchicha que tuve que comerme toda embarrada.

Oscureció; me moví un poco y pude sacar una pierna del lodo, la otra sí era imposible moverla; me recosté hacia atrás sobre un colchón que estaba detrás de mí y dormí unas horas.

El viernes 15 en la mañana, vi a unas enfermeras que gritaban y pedían ayuda. Desde un helicóptero me tiraron una blusa de médico con un fonendoscopio; con la bata me tapaba del frío cuando bajaban los helicópteros. Bajaron varias veces y se llevaron a los pocos que quedaban en el techo.

Como a las 10:00 llegaron dos médicos y dos enfermeros, me dieron líquido para tomar, la sed era inaguantable. Luego me pusieron una inyección en la vena y me quedé dormido.

Cuando me desperté estaba en una camilla del hospital de Ibagué. Habían tenido que cortar la pierna. Después me llevaron a Bogotá a un hospital que se llama El Guavio.

De toda mi familia sólo se salvaron un tío, el que se cortó la cara, mi hermanita a la que no le pasó nada y yo."

**RELATOS SOBRE EXPERIENCIAS VIVIDAS POR  
PROFESIONALES DE LA MEDICINA  
DURANTE LA AVALANCHA Y EL RESCATE DE VÍCTIMAS**

Hemos tomado cuatro relatos entre muchos más que podríamos incluir, pero la intención que nos ha dirigido al escoger estos que a continuación presentamos es la de ilustrar en la forma más completa y variada posible la forma que asumió en diferentes escenarios la participación de nuestros colegas; los unos como víctimas, los otros como rescatadores o auxiliadores. En todos ellos hay un gran contenido humano y los autores no prescinden de estas manifestaciones, independientemente del profesionalismo con el que narran los hechos. Creemos que al incluirlos en esta recopilación, permitimos la expresión de las razones del más alto humanitarismo que existen en todos aquellos que nos dedicamos en las diferentes áreas de la salud a atender las quejas y dolencias de los semejantes.

El primer relato, es una breve descripción periodística de los trágicos acontecimientos vividos por un colega, el doctor Lizardo Moreno; para él nuestros más sinceros respetos y la voz de aliento que podamos aportarle.

El segundo relato, realizado por el Doctor Germán Fernández, toma dos aspectos interesantes: la actividad que se realizó en Bogotá para efectuar el traslado de algunos profesionales y paramédicos, en condiciones de apuro y el rescate y transporte de las víctimas; es muy interesante desde el punto de vista de la psicología del desastre la descripción que hace el autor sobre el comportamiento de las personas en situaciones de alarma.

El tercer relato, a cargo del Doctor Raúl Cruz, nos muestra la organización de un hospital de emergencia en Mariquita, la penosa actividad con sinnúmero de cadáveres sin posible identificación y el dramático rescate de colegas y personal de salud en el que fué el Hospital Neuropsiquiátrico de Armero. Es de observar en estos dos últimos relatos, cómo cada uno de los protagonistas tuvo que verse abocado a solucionar multitud de situaciones y circunstancias, la mayoría ajenas a su propia actividad; y cómo con sano criterio lógico se cumplieron muchas de estas funciones adecuadamente teniendo en cuenta la precariedad de las circunstancias. Pero ello no significa que la improvisación pueda continuar siendo nuestra línea de conducta.

El cuarto y más dramático relato es escrito por la hoy estudiante de medicina y futura colega, Rosa Helena Solano, quien quedó atrapada varios días bajo los escombros del Hospital Neuropsiquiátrico en donde se encontraba realizando una rotación curricular. Varios de sus compañeros murieron. Es una prueba de entereza personal su actitud y sus expectativas, las cuales compartimos, y bien podría ser un símbolo de las generaciones médicas que está formando nuestro país. A ella nuestro más agradecido reconocimiento por su espíritu de compartir con todos nosotros su optimismo y esperanzas.

COMITÉ EDITORIAL

## LA INCREIBLE TRAGEDIA DE UN MEDICO

### TOMADO DE "ACCIÓN MÉDICA" CON ALGUNAS MODIFICACIONES

Para el Doctor Lizardo Moreno, el 13 de noviembre no fue un día diferente a los demás. Atendió normalmente a sus pacientes de Armero y ejerció sus funciones en la agremiación médica del Norte del Tolima. Pero a las 10 de la noche la avalancha de agua y lodo invadió su residencia aprisionándolo en el comedor de su casa, lugar donde se encontraba en compañía de su esposa.

No tuvo ninguna oportunidad para salvar a sus dos pequeñas hijas ni a su hermana quien también convivía en el hogar. Con enormes dificultades llegó a la terraza de su casa en donde fue rescatado por un helicóptero a la mañana siguiente. Mientras esto sucedía, su esposa permanecía atrapada en el segundo piso de la vivienda. El médico fue trasladado con algunas lesiones no muy graves a la población de Guayabal para un primer reconocimiento y luego a Mariquita con el mismo objetivo. Allí permaneció en espera de la llegada de su esposa quien con ocho meses de embarazo había quedado en manos de los socorristas.

Ni ese día ni el siguiente recibió información alguna de ella y decidió viajar a Bogotá, pues teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba, lo más probable es que hubiera sido traída a algún centro de la capital.

Parte del viernes y todo el sábado estuvo acompañado de amigos, quienes lo siguieron en su peregrinaje por todos los sitios en donde estaban recluidos los damnificados y supervivientes de la tra-

gedia. Ninguna información logró en su búsqueda y decidió entonces viajar a Ibaguè con el mismo propósito y con resultados similares. Finalmente, el domingo fué transportado en un helicóptero hasta el sitio en donde estaba su casa; en la terraza, uno al lado del otro, encontró los cadáveres de sus dos hijas, su hermana y su esposa, a quien le habían practicado allí mismo una cesárea para extraer una niña que también yacía sin vida al lado de la madre. La tragedia del colega Lizardo Moreno se prolongó aún más cuando tuvo que venir a Bogotá para lograr el permiso de retirar los cadáveres de toda su familia y darles cristiana sepultura. En pocas horas había perdido mucho más de lo que parece posible: su familia, su casa, sus haberes, las gentes a quienes había servido en su ejercicio profesional, en fin, todo lo que podía constituir la razón de su existencia.

Sin embargo, este es infortunadamente solo uno más entre los miles que padecen hoy la ausencia de sus seres queridos; pero la vida, máximo valor sigue vigente.

Hubo otros colegas que desaparecieron para siempre con sus familias; otros que se encontraban haciendo su año de internado o el año social obligatorio. De ellos tenemos sólo el recuerdo y el respeto que nos imprimen sus pasos que se truncaron en un momento de infortunio e increíble imprevisión.

## RELATO SOBRE LA EXPERIENCIA EN LA MOVILIZACION DE PERSONAL Y AUXILIOS Y TRASLADO DE SUPERVIVIENTES

POR: DOCTOR GERMÁN FERNÁNDEZ C.

Improvisar un puente aéreo no fué sencillo; se requería movilizar los recursos de compañías aéreas privadas en forma voluntaria y establecer las prioridades de traslado de personal y elementos en concordancia con las solicitudes que desordenada y angustiosamente clamaban por las emisoras de radio las personas que se encontraban en el área del desastre.

Los primeros en estar dispuestos fueron los pilotos y los aviones, hacia la media mañana del jueves 14 de noviembre; pero la mayoría no tenían nada para trasladar. La razón era que los servicios de salud, las entidades de socorro y demás organizaciones que podían prestar algún auxilio se encontraban atónitos, sin preparación para estos acontecimientos y sin directivas centralizadas que claramente indicaran la conducta que a cada uno les correspondía seguir.

En la medida en que se fué evidenciando la magnitud del fenómeno volcánico y sus consecuencias en las áreas afectadas, cada entidad se dispuso a organizar y empacar los elementos disponibles que asumían podrían ser de alguna utilidad. Hacia el mediodía empezaron a llegar a las terminales privadas algunos elementos y personal en posibilidad de ser transportados a la zona.

Los informes meteorológicos indicaban la presencia de fuertes lluvias y tormentas en la extensa zona afectada y las dificultades en la visibilidad que enfrentaban los aviones. Por todas partes se pedía con carácter urgente la presencia de helicópteros ya que para ese momento era claro que muchos de los supervivientes no podrían ser rescatados por otro medio. Había cientos de personas hundidas hasta el pecho o el cuello en el lodo o sobre los techos, o entre los escombros; y los helicópteros en labores de rescata no llegaban a cinco.

El transporte por carretera estaba completamente interrumpido ya que las vías estaban sepultadas por metros de lodo o los puentes de acceso habían sido arrastrados por el empuje del lahar. Manizales, importante ciudad cabecera del Departamento de Caldas, que cuenta con recursos médicos y logísticos apropiados, ubicada en las laderas del macizo montañoso del Nevado del Ruiz, hubiera sido un importante lugar para atención de heridos y concentración de recursos pero se encontraba totalmente aislada y sin opción de aportar su valioso recurso humano y material; además, sus habitantes se encontraban en angustiada zozobra ya que la ceniza volcánica los estaba cubriendo generosamente. Como es de suponer en este punto del relato, Manizales, igual que el resto de ciudades y poblaciones expuestas a riesgos naturales, no contaba con planes establecidos de evacuación en caso de necesidad.

Sólo era posible conseguir acceso a la zona siniestrada por la ciudad de Ibagué, capital del Departamento del Tolima, donde fi-

nalmente se remitieron el mayor número de heridos. Y las poblaciones más cercanas con acceso eran Guayabal, Lérica, Venadillo y Mariquita, cuyo aeropuerto, hospital y parte importante de la población no se vieron afectados por los flujos. Por estas circunstancias, Mariquita se convirtió en el lugar de transporte y apoyo logístico más importante de toda la operación de rescate.

Hacia las 14:00 horas de ese día se pudo despachar, por fin, la primera parte de elementos y personal rumbo al área siniestrada. Se les definió como destino el Hospital de Mariquita ya que parecía por todos los informes radiales ser el sitio donde se requería mayor apoyo médico. El grupo viajó a órdenes del Doctor Raúl Cruz Palacio y cumplió un importante papel en estos acontecimientos.

En estos momentos ya estaban pasando por los canales de televisión las primeras filmaciones obtenidas: era evidente la urgente necesidad de enviar equipos de rescatistas, elementos de salvamento y de movilización de materiales derruidos. ¿Donde conseguirlos? ...

En pocos minutos vimos arribar un equipo de gentes jóvenes con elementos apropiados para rescate, sogas, herramientas, barretones y toda la parafernalia apropiada para enfrentar la situación. Inmediatamente fueron enviados en otros aviones pequeños conjuntamente con varias cajas más que continuaban llegando, sin rótulo y con contenido totalmente desconocido.

Hacia las 17:00 ya habíamos embarcado unas 100 personas, funcionarios la mayoría del Servicio de Salud de Bogotá y del Centro de Enseñanza Paramédica (CEP). Todos ellos eran voluntarios, profesionales competentes en cada una de sus actividades, pero como equipo se podía considerar totalmente improvisado, con recursos médicos precarios y dispuestos de afán.

En otro lugar del aeropuerto de la capital, en la Base Aérea Militar de CATAM también movilizaron cantidad apreciable de personal y equipos.

Esa noche, el centro de los acontecimientos se desplazó al terminal de recepción de heridos del aeropuerto Eldorado. Allí el Doctor José María Trujillo organizó con múltiples dificultades, el Triage y la evacuación por ambulancias a los centros de hospitalización de la ciudad. La coordinación fue ejecutada por la Central de Urgencias del Servicio de Salud de Bogotá, a cargo de la Doctora Yolanda Pineda, actividad que desarrolló en forma incansable durante la siguiente semana.

Mirando retrospectivamente la evacuación en Bogotá, podemos anotar que el envío simultáneo de muchos heridos a un sólo centro asistencial no es procedente, ya que más de cinco u ocho heridos graves simultáneos copan las posibilidades de ofrecer una adecuada atención en cualquiera de nuestros hospitales; por lo que vemos más procedente distribuir las cargas en varios sitios e ir utilizando paulatinamente las capacidades disponibles en cada entidad, en casos futuros.

El día 15 de noviembre nos encontrábamos a las 7:00 a.m. sobrevolando la zona; el avión era de carga, aunque su diseño original fué el de un avión ambulancia; varios reporteros de agencias internacionales nos acompañaban, así como enfermeras, doctores y paramédicos. Y muchas cajas sin rótulo que debíamos entregar en el Hospital de Mariquita. Desde el aire vimos la magnitud del fenómeno geológico, la anchura inusual del cauce de los ríos, el color parduzco grisoso de los mismos y la llanura extensa cubierta de lodo en donde estaba asentado Armero, población floreciente y rica en recursos y capacidades. Cuando se abrió la puerta del avión en Mariquita, entró una oleada de calor y un intenso olor a azufre que lastimaba la garganta y los ojos; el viento que levantaban otros aviones trafa inmensa cantidad de arenilla fina; esa arenilla es la que llaman la "ceniza volcánica". El tiempo era propicio para los vuelos y ya se veían varios helicópteros en sus tareas de rescate.

Al llegar al hospital San José de Mariquita quedé impresionado; sobre decenas de camillas o en costales que sirvieron para improvisar camillas yacían hombres, mujeres y niños con heridas de gran magnitud; no cabían en el hospital; por eso los rescatistas los dejaban en la puerta. Algunos ya habían muerto. Dentro del hospital todo estaba salpicado de lodo y todo hedía a azufre. Los excelentes médicos enviados el día anterior, hacían lo que podían; lavaban con la escasa agua embarrada a los pacientes cubiertos de lodo. Tenían las caras demacradas, habían trabajado sin descanso. Y no eran suficientes para atender el creciente flujo de heridos graves.

Un hombre joven y una mujer con un pequeño niño alzado miraban al vacío recostados contra una de las paredes a la entrada del hospital; no se veían con lesiones; les preguntamos qué les ocurría: dijeron casi con voz que su casa se la había llevado el río y que ellos se habían salvado y que no tenían a donde ir. Lo único que pudimos hacer fué ofrecerles un tarro de leche en polvo para el pequeño. En ese momento no había albergues para damnificados, ni autoridades, ni nada; todo el mundo deambulaba por las calles; la ceniza era levantada por los carros y no dejaba ver; sobre los techos, los árboles y las cabezas de las gentes sólo se veía ceniza malholiente.

Establecimos la evacuación de algunos heridos del hospital por vía aérea; se enviarían en nuestro avión directamente a Bogotá. Se subieron a la nave, arrumados en el piso; cabían quince y algunas 3 ó 4 personas cuidándolos.

Mientras el avión retornaba, unas dos horas, nos dedicamos con un muy eficiente oficial de nuestro Ejército, el Mayor Arturo Cifuentes Mogollos, a organizar la inmensa cantidad de cajas que llegaban en todos los aviones; establecimos dividir los elementos médicos, los comestibles y líquidos y las ropas y cobijas, cada grupo en una carpa aparte; otro otro lado, establecimos la clasificación de los elementos médicos por grupos en diferentes áreas de la carpa asignada. Este trabajo avanzaba ya eficazmente cuando oímos por radio la orden que daba un locutor de una emisora de evacuar inmediatamente a la población de Mariquita, su aeropuerto y su hospital y

todas las áreas que estuvieran vecinas al río: decía la radio que una nueva erupción había provocado una avalancha y que todas estas zonas serían inundadas en pocos minutos; fué el caos sumado al caos. Nadie sabía qué hacer.

En la población nadie permanecía quieto, todos caminaban y no sabían para dónde; algunos intentaban dar alguna indicación que era seguida por un pequeño grupo; a los pocos metros se recibía una orden contraria y las gentes cambiaban de rumbo; los carros corrían más rápidamente y amenazaban con accidentar a la multitud de gentes que deambulaban como zombies; nunca habíamos presenciado un conglomerado humano que se pareciera tanto a un grupo de hormigas en desbandada. El olor sulfuroso y la "ceniza" nos hacía doler la garganta y los ojos.

Cuando en el hospital escucharon la advertencia de una nueva avalancha, todo el personal abandonó el edificio y salió corriendo o en carros hacia el aeropuerto; los heridos quedaron abandonados a su suerte.

En ese momento vimos el helicóptero presidencial que descendía en el aeropuerto de Mariquita; bajaron el Ministro de Defensa, General Miguel Vega Uribe y el Presidente de la República, Doctor Belisario Betancourt. Los dos se veían fuertemente impresionados y con las caras demacradas por el exhausto trabajo y por lo que habían presenciado en los diferentes sitios donde habían descendido. Me dirigí a ellos y les informé sobre la reciente orden de evacuación radial y el desespero que vivía la población. El Ministro de la Defensa men-

cionó que en sus vuelos por la zona no habían divisado nada y que posiblemente era una falsa alarma. Para fortuna de todos así fué.

El Presidente y su Ministro fueron al centro de Mariquita y sobre una tarima de cemento en un proveedor de combustible, tranquilizaron a la población. Sin embargo, creemos que a estas alturas nadie estaba seguro de que no se hubiera producido una nueva avalancha que nos sepultaría a todos.

Retrospectivamente, sabemos que esa zona no está ubicada en un área de gran riesgo; pero en ese momento ninguno de nosotros sabía nada sobre mapas de riesgo y ante una explosión reciente todo podría ser arrasado. En el pánico, los primeros en subirse a los aviones disponibles fueron los médicos que les exigían a sus pilotos que partieran inmediatamente. Sin embargo allí en el aeropuerto había muchos heridos que requerían atención; eran los rescatados por los helicópteros dejados en tierra y acomodados a la zombra por personal de la Defensa Civil, pero no estaban recibiendo atención médica. Comentamos la situación con el Mayor Cifuentes y establecimos que la Torre de Control del Aeropuerto diera la orden a los pilotos de no partir si llevaban personal de salud en sus naves. De esta manera conseguimos que se volviera a establecer un centro de atención médica, esta vez en el terminal aéreo. Y si era cierta la avalancha, nos correspondía a los profesionales de la salud enfrentarla al lado de nuestros pacientes.

En los siguientes vuelos siguieron llegando personal y elementos. Nos gustó mucho la forma tan organizada como vimos trabajar

a la Brigada de Atención de Emergencias del Ejército Mexicano. No sólo el personal militar sino también el civil deberíamos aprender de las excelentes formas de compartimentación de responsabilidades y adaptabilidad de sus procedimientos, en la más elogiosa disciplina y sentido humano en la atención.

Más tarde recibimos por radio la noticia de que en Venadillo había muchos heridos que necesitaban ser evacuados; ya la noche estaba cayendo y en esa área, al sur de Armero, no hay sino una precaria pista de aterrizaje; nuestro excelente capitán Octavio Posada, estableció el riesgo y nos comunicó que nuestro avión podía aterrizar en "casi cualquier sitio siempre y cuando las vacas lo dejaran". Así fué, dimos muchos tumbos y fué necesario espantar el ganado previamente. La información que obtuvimos en Venadillo nos sobrecogió: eran muchas las personas a ser evacuadas; en el avión cabrían unos 15 ó 16; sería necesario otro vuelo esa noche. Y la pista de aterrizaje no tenía ningún tipo de luces indicativas.

Intentamos realizar un triage de los pacientes a evacuar pero no supimos cómo hacerlo; no era posible clasificar a gente cubierta de barro, con heridas que no sabíamos hasta donde llegaban; optamos por evacuar a aquellos que gritaban más fuerte; por lo menos tenían las energías suficientes para llegar a un centro asistencial. El primer viaje lo aterrizamos en Mariquita; de allí serían evacuados a Bogotá. Regresamos inmediatamente a Venadillo; el sol ya había caído y desconozco cómo el Capitán Posada pudo encontrar en la oscuridad la precaria pista y aterrizamos en aceptables condiciones fí-

sicas; psicológicamente ya estábamos resignados con nuestra suerte y totalmente exhaustos; el Doctor Federico Castro, joven y buen profesional, padeció estos acontecimientos en mi compañía. Cargamos más pacientes; dos de ellos estaban muy delicados: uno, un señor grueso de unos 55 años y una niña de unos 12 ó 15, a quien se le veía una porción del encéfalo; estaba consciente. Con dificultad los cargamos al avión; una señora lloraba para que no la separaran del señor grueso. Tuvimos que dejarla en Venadillo; ella no estaba lesionada y si la lleváramos le quitaba el espacio a un herido. Empezamos el regreso directamente a Bogotá.

El Doctor Castro cuidó durante todo el viaje a los pacientes más delicados; llegando a Bogotá el señor grueso murió. Los demás fueron rápidamente evacuados en el aeropuerto rumbo a los distintos hospitales.

El regreso a casa fue triste y callado; las luces de las autopistas se veían turbias; las lágrimas contenidas les quitaban claridad.

RELATO PERSONAL SOBRE LA EXPERIENCIA VIVIDA EN ARMERO  
LOS DÍAS 14 Y 15 DE NOVIEMBRE. DR. RAÚL CRUZ PALACIO\*

Jueves 14 de noviembre de 1985. Durante las horas de la mañana nos reunimos en la dirección del Hospital Simón Bolívar varios médicos, todos pertenecientes a la Secretaría de Salud de Bogotá con la finalidad de discutir la conformación de un grupo de trabajo que colaborara en la calamidad vivida en Armero.

A las 11:30 ya contábamos con una buena lista de voluntarios de todos los niveles; la buena disposición de todos los trabajadores se manifestó hasta el punto en que fué necesario rechazar a muchos funcionarios dispuestos a viajar.

Hacia el mediodía ya se había definido el grupo, de acuerdo con los informes llegados a la Secretaría de Salud de Bogotá sobre necesidades prioritarias de personal calificado.

A las 15:00 fuimos despachados del Aeropuerto Eldorado en 4 aviones pequeños. En un avión de carga viajamos algunos médicos y enfermeras, sentados sobre cajas con sangre, elementos quirúrgicos, droga y otras ayudas, empacadas por varios hospitales afanosamente. Al cabo de 25 minutos de vuelo nos encontramos sobrevolando el área de la tragedia: un inmenso mar de color café, inerte, del que emergía uno que otro árbol.

\* Médico Cirujano, especializado en Anestesiología y Urología. Miembro del equipo médico del Hospital Simón Bolívar de la ciudad de Bogotá.

Nos reagrupamos en el aeropuerto de Mariquita y se estableció la lista de especialidades y cargos. Tal vez en razón de mi mayor experiencia en catástrofes se me encargó la coordinación general del grupo. Eramos 3 cirujanos, 1 ortopedista, 2 anesthesiólogos, 4 pediatras, 28 médicos generales, 4 enfermeras licenciadas, 5 enfermeras auxiliares, 1 operador de radio, un especialista en transfusiones; algunos de ellos provenían de otras instituciones.

A los pocos minutos estábamos ubicados en el Hospital San José de Mariquita; difícil describir su aspecto en ese momento: todo estaba salpicado de barro, húmedo, fétido, por doquier se percibía la tragedia humana. El Director del Hospital, héroe de la última noche, se encontraba exhausto, demacrado, pálido, después de muy dura labor en compañía de otro colega. Hasta ese momento no había recibido ninguna ayuda. Efectuamos un reconocimiento de las instalaciones y asumimos las funciones de atención de los múltiples heridos regados por todas partes.

Por sus cualidades humanas y organizativas encargamos al Doctor Supelano de la dirección del hospital (véase capítulo ). Se estableció una sala de mujeres, una de hombres, cada una con dos médicos generales, y una de pediatría con 4 especialistas. Las anesthesiólogas y dos enfermeras habilitaron las dos salas de cirugía, mientras los cirujanos generales establecieron una sala a la entrada del hospital como área de ingreso y triage. Se ubicó un depósito para elementos y farmacia, el que fué creciendo aceleradamente con los múltiples donativos que llegaban desorganizadamente.

El trabajo se realizó con rapidéz: a las 17:10 ya se estaba operando en los quirófanos. A partir de ese momento el trabajo fué continuo, muy intenso y la competencia se estableció con denuedo en el arte de ayudar a tántas víctimas que aflujan de todas partes.

Simultáneamente, se organizó un contingente de 6 médicos generales, y 4 auxiliares de enfermería, para apoyar al personal de salud de la Policía Nacional y la Defensa Civil que desde hacía ya algunas horas se encontraban en Guayabal, la población más cercana al área de catástrofe.

A las 19:30 pude establecer comunicación con el Secretario de Salud de Bogotá, Doctor Carlos Jaramillo, a quien le presenté el informe sobre las actividades y las necesidades.

A las 20:00 organizamos una reunión conjunta con el Alcalde de Mariquita, la Defensa Civil y la Cruz Roja. La conclusión básica fué establecer como prioridad Uno, el entierro de aproximadamente 100 cadáveres que yacían en el marco de la plaza de Guayabal; por el momento se debía suspender el rescate de cadáveres y proceder a definir el procedimiento de identificación de cuerpos.

A las 21:30 el Secretario de Salud de Bogotá, en coordinación con el Ministro de Salud, Doctor Rafael de Zubiría, me autoriza para establecer los procedimientos de descripción de los cuerpos, sus posibles señales personales, causa de muerte y a firmar los certificados de defunción con la identificación de N.N. (ningun nombre).

Aquella noche fué una odisea: llegada continua de lesionados, damnificados preguntando por sus familiares y muchas más gentes provenientes de otras ciudades inquiriendo por sus allegados, casi todos desaparecidos... . Fué necesario colocar una mesa de información para atender esta situación.

En la noche los grupos de trabajo trabajaron y descansaron como se planeó en un comienzo: tendidos en unos colchones en el piso del comedor del hospital. Allí escuchamos por las diferentes emisoras de radio más informes sobre la tragedia.

Afortunadamente, en aquella zona había luz y el teléfono funcionó continuamente. En la oficina de secretaría del hospital se estableció una central de comunicaciones y desde allí los periodistas transmitían a sus respectivas centrales. La colaboración que nos brindaron fué definitiva ya que pudimos dar a conocer nuestras necesidades e informar sobre el estado de muchos pacientes a sus familiares separados.

Llegaron muchísimos heridos y la capacidad institucional y humana se vió copada. Como teníamos múltiples pacientes graves, fracturas múltiples, de cráneo, estados de shock avanzados, inicios de insuficiencias renales, etc., solicité la evacuación de víctimas; a altas horas se desplazaron muchas ambulancias las que llevaron por tierra a las víctimas a Ibagué o a la base aérea de Palanquero de donde partirían para Bogotá.

Viernes 15. A las 6:00 a.m. caía sobre toda la zona una lluvia de ceniza. Cansados, tristes, con hambre, recibimos el día intercambiando impresiones. A las 6:15 arribaron 20 médicos de la Secretaría de Salud de Cundinamarca, los que son ubicados en carpas en la cercanía del Helipuerto establecido en Guayabal, con los médicos y personal de la Policía Nacional.

A las 6:45 camos en un campero de la Defensa Civil a Guayabal y organizamos un grupo de reconocimiento de cadáveres; en esta labor trabajan varios colegas provenientes de Zipaquirá; sin embargo, aún era necesario establecer una fosa común. Un político influyente se encarga de conseguir las máquinas cavadoras y a las 10:00 a.m., yacían los cuerpos en su destino final y la plaza de Guayabal cambiaba su macabro aspecto. A las 7:30 ya hay multitud de helicópteros trayendo pacientes a Guayabal. En las instalaciones donde funcionaba un ancianato los médicos de la Policía establecen una improvisada sala de cirugía y me solicitan colaborarles con la anestesia, mi primera y ya dejada especialidad; realizamos varias intervenciones como fasciotomías, reducción de fracturas, inmovilizaciones, etc.

Entre los pacientes se encontraba el médico rural de Armero, Doctor Ariel Alarcón, quien antes de ser inducido en anestesia nos informó sobre varios estudiantes de Medicina de la Universidad Javeriana y otras personas, entre ellas un niño y un anciano quienes se encontraban atrapados entre los muros del hospital Psiquiátrico de Armero, aún vivos. A las 9:30 viajamos en un helicóptero con un ortopedista, una enfermera y un enfermero; volamos sobre aquella masa antropófaga e inerte varios kilómetros, sobrecogidos por la

magnitud de la avalancha; en lo que era el Hospital Neuropsiquiátrico nos apeamos y comenzó la labor de rescate.

El niño se encontraba atrapado por su pierna izquierda abajo de la rodilla; bajo anestesia general que le induje allí en el barro forcejamos y luchamos con los muros; era imposible sacarlo completo, así que tuvimos que prolongar la anestesia y entre mil incomodidades desarticulamos la extremidad a nivel de la rodilla; se ligó el pedículo con suturas que cargábamos en los bolsillos y colocamos al niño sobre el techo del edificio, donde a las 11:45 un helicóptero lo trasladó a Lérida.

Luego proseguimos con los estudiantes de medicina también atrapados, pero se negaron a ser amputados. Tras árduo trabajo de más de tres horas y utilizando los cuerpos de los cadáveres como pirámide pudimos subir a los colegas hasta el techo del hospital. Luego sacamos a un anciano con una fractura de fémur que se encontraba dentro de una de las derruidas habitaciones. Como si fuera poco, se encontraba en el patio del nosocomio una vaca hasta el cuello sumergida e inmovilizada; fué necesario dispararle a la cabeza. Cuando terminó el rescate se derrumbó lo que quedaba del edificio.

Durante aquellos difíciles momentos, sin haber dormido, sin comida ni bebida, y trabajando bajo el abrasador sol de Armero, escuchamos en un radio portátil la orden de evacuar de inmediato la zona pues el volcán "había explotado" y "venía una nueva avalancha". Qué podíamos hacer allí, en aquella isla de ladrillo, rodeados de barro pleno de cadáveres y sin ningún transporte? Sólo continuar trabajando.

Tras grandes dificultades conseguimos viajar a Guayabal de donde regresamos a nuestra sede en Mariquita. La mayoría de colegas, en razón de la falsa alarma, habían regresado al aeropuerto de Mariquita y luego a Bogotá. Con algunos otros reorganizamos el trabajo en el hospital.

A las 14:00 informé telefónicamente al Secretario de Salud la situación. Sin poderme contener, prorrumpí en llanto que no cesó hasta después de varios minutos.

A las 17:00 llega un nuevo grupo de médicos de la Caja Nacional y de la ciudad de Manizales. Le entrego el mando al Doctor Castaño de Manizales.

A las 17:30 regreso en un avión Hércules de la Fuerza Aérea a Bogotá, en compañía de pacientes, damnificados y colegas.

Durante aquellas 30 horas a cargo del Hospital de Mariquita se atendieron 679 pacientes; en nuestras manos no falleció ninguno.

## EL RELATO DE UNA SOBREVIVIENTE DEL DESASTRE

POR: ROSA HELENA SOLANO\*

Por la época del desastre tenía 23 años y cursaba sexto semestre de medicina en la Universidad Javeriana; había llegado a Armero para cumplir con la rotación de psiquiatría en el Hospital Isabel Ferro de Buendía en el período comprendido entre el 20 de octubre y el 6 de diciembre de 1985

Durante los preparativos de este viaje, comenzó a reinar un ambiente de inquietud entre los compañeros que conformaban nuestro grupo de rotación y entre los amigos y familiares, ya que las noticias informaban cómo la actividad del volcán se incrementaba día a día, ocasionando temblores de intensidad variable y caída intermitente de ceniza.

Armero era una típica población de clima caliente, la gente se caracterizaba por su alegría, espontaneidad, amabilidad y espíritu festivo que contagiaba a todos aquellos que, como yo, tenían la oportunidad de compartir su estilo de vida. La tranquilidad que nos brindaban disipó poco a poco la angustia que sentíamos a nuestra llegada. Durante estos días nunca se mencionó ninguna posibilidad de que ocurriera algún desastre natural, y por supuesto nunca se hizo,

\* Estudiante de séptimo semestre de la Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

ni se pensó en hacer un simulacro de evacuación aunque ciertas noticias de televisión y prensa indicaban que el Volcán Nevado del Ruiz nuevamente presentaba aumento de su actividad habitual.

El nosocomio tendría unos 20 años de construido, era de una sola planta y con capacidad para unos 80 pacientes. El personal que laboraba en él, estaba constituido por un director, 2 residentes de psiquiatría, un médico rural, 7 estudiantes de medicina y 4 de terapia ocupacional; enfermeras, psicóloga y personal administrativo completaban la nómina del hospital. Laborábamos hasta las 5:00 p.m. y posteriormente nos dirigíamos a nuestra residencia; esta edificación contigua al hospital, constaba de 7 dormitorios, 2 baños y una sala muy confortable, donde solíamos reunirnos.

Tres semanas de mi estadía en la institución habían transcurrido muy agradable y apaciblemente; en mis ratos libres solía nadar en un hotelito cercano, "El Pindalito", y en otras ocasiones nos reuníamos en el pueblo para compartir la alegría de sus gentes.

El día miércoles 13 de noviembre fue semejante a todos los anteriores: no hubo aumento de la temperatura, ni se presentó el olor a azufre que algunos sobrevivientes decían haber sentido en la mañana. Sólo a las cinco de la tarde, cuando salimos al pueblo apreciamos la presencia de ceniza que muy discretamente cubría las calles, los techos de los autos y las casas así como los árboles de la localidad. Este hecho que ya se había presentado anteriormente y al cual la población estaba acostumbrada, no fué motivo de mayor preocupación así como tampoco la sensación de un olor francamente azufrado que ya

se percibía en el ambiente.

Regresamos al hospital a las 6 de la tarde a cenar. Tuvi-  
mos con nuestros compañeros un intercambio de ideas acerca de todo  
lo observado, el estado del tiempo y de los rumores de reactivación  
del volcán. Uno de ellos mencionó la posibilidad de abandonar la ciu-  
dad, pero ésta idea no caló en los demás... Después de la cena nos  
retiramos a nuestras respectivas habitaciones: unos a leer, otros a  
estudiar y algunos a escuchar la televisión o la radio, ya que un  
partido de fútbol iba a tener lugar ésa noche.

Hacia las once de la noche un tropel bullicioso y alarmado  
de enfermeras, de empleados y de otras personas ajenas al hospital  
hicieron irrupción en nuestra residencia, comunicándonos, sobresal-  
tados, que una lluvia de arena muy fina había comenzado a caer, que  
el río Lagunilla se había desbordado y se avecinaba una inundación;  
era imperativo, por lo tanto, iniciar lo más rápidamente posible la  
evacuación del hospital. Poco después se interrumpió la luz eléc-  
trica y en ésa oscuridad la angustia me sobrecojió; nació en mi la  
necesidad de realizar "algo" que aunque me era imposible definir,  
pudiera ayudarnos a salvar ésa situación. No alcanzaba a imaginar  
la gran dimensión de lo que estaba aconteciendo, ni cuáles serían  
sus consecuencias.

Ese momento, de confusión e incertidumbre ante lo descono-  
cido, aumentó hasta lo indecible, cuando surgió en forma inesperada  
un ruido indescriptible, amenazante, tal vez como el ruido ensorde-  
cedor del precipitarse de un alúd o del correr de rocas gigantes de